sus derechos de posesion, siempre se valian de este argumento que les parecia sin réplica: «Diremos á «los huesos de nuestros padres: Levantaos y seguid«nos á una tierra estrangera.» Y viendo que este argumento no era escuchado, se llevaron consigo los huesos que no podian seguirlos.

Los motivos de esta afeccion estraordinaria á aquellas caras reliquias, son fáciles de conocer: los pueblos civilizados pueden conservar los recuerdos de su patria por los monumentos, las letras y las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas y obeliscos; la huella de su arado existe en los campos que han cultivado, sus nombres están grabados sobre el bronce y el mármol, sus acciones las conservan las crónicas. Pero los salvages no tienen nada de esto: sus nombres no están escritos sobre los árboles de sus bosques; sus chozas edificadas en pocas horas, perecen en pocos instantes; el sencillo cayado de labranza, que apenas remueve la tierra, no ha podido levantar un surco; sus cantos tradicionales se desvanecen con la última memoria que los retiene, con la ultima voz que los repite. Para las tribus del Nuevo-Mundo solo hay un monumento, la tumba. Quitad á los salvages los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses: arrebatais á aquellos hombres la única prueba que pueden presentar á la posteridad de su existencia y de su nada.

COSECHAS, FIESTAS,

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE, PESCAS, BAILES Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creido y se ha dicho que los salvages no sacaban partido de la tierra: esto es un error, porque aunque sea cierto que su principal ocupacion es la caza, todos sin embargo se dedican á algun género de cultivo, y saben emplear las plantas y los árboles para satisfacer las necesidades de la vida. Los que ocupaban el hermoso pais que forma hoy los estados de la Georgia, del Teneso, del Alabamá y del Missisipi, estaban bajo este concepto mucho mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvages, todos los trabajos públicos son otras tantas fiestas: cuando habian pasado los frios, las mugeres siminoles, chicasecas y natchez, se armaban de un cayado de nogal, y se ponian en la cabeza una cesta con divisiones, llenas de semillas de maiz, de pepitas de sandía, de habichuelas y de gira-

soles, y se dirigian al campo comun, colocado ordinariamente en una posicion fácil de defender, como en una lengua de tierra situada entre dos rios ó rodeada de colinas.

Colocábanse las mugeres en fila á uno de los estremos del campo, y empezaban á remover la tierra con los cayados, caminando al mismo tiempo hácia atrás.

Al mismo tiempo que estas renovaban así el antiguo cultivo, sin formar surcos, otras indias las seguian sembrando el espacio preparado por sus compañeras. Las habichuelas y los granos de maiz se echaban juntos en el barbecho, porque las mazorcas del maiz estaban destinadas á servir de apoyo á la legumbre enredadera.

Otras jóvenes se ocupaban en preparar algunas capas de una tierra negra y lavada, y derramaban sobre ellas las simientes de la coloquintida y del girasol; alrededor de estas capas de tierra se encendian fogatas de leña verde para acelerar la germinacion por medio del humo.

Los sachems y los agoreros presidian al trabajo, y los jóvenes corrian alrededor del campo comun, y ahuyentaban las aves con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del trigo verde llegaba por el mes de junio: se cogia cierta cantidad de maiz cuando el grano estaba todavía en leche; y de este grano, entonces escelente, se amasaba el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y caza.

Las mazorcas del maiz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan cuando están medio cocidas, y

se esponen á la accion de un fuego manso. Luego que han adquirido un color tostado, las desgranan en un putagan, ó mortero de madera, se machaca el grano, humedeciéndolo, y esta masa cortada en rebanadas, y secada al sol, se conserva mucho tiempo. Cuando quieren usarla, basta remojarla en agua, leche de nueces ó zumo de arce, y así dispuesta ofrece un alimento sano y agradable.

La principal fiesta de los natchez era la fiesta del fuego nuevo; especie de jubileo en honor del sol en la época de la gran cosecha; el sol erala divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un pregonero público recorria los pueblos anunciando la ceremonia al sonido de un caracol, y pronunciando estas palabras.

«Que cada familia prepare vasos vírgenes y vestidos que no hayan sido usados, que se laven las cabañas, que los granos viejos, y los trages y los utensilios viejos sean arrojados y quemados en un fuego comun y en medio de cada pueblo; que vuelvan los malhechores: que los sachems olvidan sus delitos.»

Esta amnistía de los hombres concedida á los hombres en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros: este llamamiento general de los dichosos y de los desgraciados, los inocentes y los culpables al gran banquete de la naturaleza, era un tierno resto de la primitiva sencillez del género humano.

El segundo dia volvia á presentarse el pregonero y prescribia un ayuno de sesenta y dos horas, y una abstinencia absoluta de todo placer, ordenando al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban al momento algunas gotas de una raiz que llamaban la *raiz de sangre*, la cual per-

tenece á una planta que destila un licor rojo, que es un emético violento. Durante los tres dias de abstinencia y de oraciones, guardaban un profundo silencio, y se esforzaban en desprenderse de las cosas terrenas, para ocuparse únicamente en el que madura el fruto sobre el árbol, y el grano de trigo en la espiga.

Al fin del tercer dia proclamaba el pregonero la apertura de la fiesta, que se fijaba para el siguiente.

Al rayar el alba se veian llegar por los caminos aljofarados de rocío las jóvenes, los guerreros, las matronas y los sachems. El templo del sol, que era una gran cabaña que solo recibia la luz por dos puertas, una al Oriente y otra al Occidente, era el punto de reunion: abríase la puerta oriental del templo, cuyo techo y paredes estaban revestidos de esteras muy finas, pintadas y adornadas de diferentes geroglíficos. En banastas arregladas en órden en el santuario estaban los huesos de los gefes mas antiguos de la nacion, á la manera que están los sepulcros en nuestras iglesias góticas.

Sobre un altar colocado en frente de la puerta oriental en disposicion de recibir los primeros rayos del sol naciente, se elevaba un ídolo que representaba un chouchouacha. Este animal, del tamaño de un cochinillo de leche, tiene el pelo de tejon, la cola de raton y las patas de mono: la hembra tiene bajo el vientre una bolsa, en donde alimenta sus hijuelos. A la derecha de la imágen del chouchouacha, se veia la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda un mamarracho groseramente esculpido. Delante de los símbolos se conservaba en una piedra un fuego de corteza de encina, que nunca se dejaba apagar, escepto la víspera de la fiesta del fuego nuevo, ó de la cosecha: las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del altar, y los asistentes se ha-

llaban colocados en el templo por el órden siguiente:

El Gran-Gefe ó el *Sol*, á la derecha del altar; á la izquierda la Muger-Gefe, única de su sexo que tenia el derecho de penetrar en el santuario; á las inmediaciones del *Sol* se colocaban sucesivamente los dos gefes de guerra, los dos oficiales que intervenian en los tratados, y los principales sachems; al lado de la Muger-Gefe se sentaba el edil, ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los convites, y en seguida los jóvenes guerreros. En el suelo, en frente del altar, unos trozos de cañas secas tendidas oblicuamente unas sobre otras hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban unos círculos concéntricos, cuyas diferentes revoluciones formaban, desviándose del centro, un diámetro de doce á trece pies.

El gran sacerdote estaba en pie al umbral del templo con los ojos fijos en el Oriente, y antes de presidir la fiesta, se habia bañado tres veces en el Mississipí. Cubríale de pies á cabeza una ropa blanca formada de cortezas de abedúl, ceñida por la cintura con una piel de serpiente: el antiguo buho henchido de paja, que llevaba sobre la cabeza, habia cedido su lugar á los despojos de un pájaro jóven de la misma especie. Este sacerdote frotaba lentamente uno contra otro dos pedazos de madera seca, y pronunciaba en voz baja algunas palabras mágicas. Dos acólitos que estaban á su lado sostenian por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mugeres vueltas de espaldas al Oriente, apoyada una mano sobre el báculo de la labor, y teniendo con la otra á sus hijuelos, describian un gran círculo á la puerta del templo.

Esta ceremonia tenia algo de augusto: el verdadero Dios se hace sentir hasta en las falsas religiones,

y el hombre que ora, es respetable, porque la oracion que dirige á la Divinidad, es por su naturaleza tan santa, que hace en cierta manera sagrado al que la pronuncia, sea inocente, culpable ó desgraciado. Era en verdad muy tierno el espectáculo de una nacion reunida en la época de la cosecha para dar gracias de sus beneficios al Omnipotente, para cantar al Criador, que perpetúa el recuerdo de la creacion, mandando al sol cada mañana que se levante y derrame sus rayos sobre el mundo.

Entretanto reinaba en la multitud un profundo silencio. El gran sacerdote observaba con la mayor atencion las variaciones del cielo; y cuando los colores de la aurora, pasando de la rosa á la púrpura, se hacian mas y mas vivos, aceleraba la colision de los dos pedazos de madera seca. Una mecha de médula de sabuco azufrada, estaba dispuesta para recibir la primera chispa. Los dos maestros de ceremonias se dirigian con gravedad el uno hácia el Gran-Gefe, y el otro hácia la Muger-Gefe. De cuando en cuando se inclinaban, y deteniéndose en fin delante de aquellos permanecian completamente inmóviles.

Torrentes de luz saltaban del Oriente, y parecia sobre el horizonte la porcion superior del disco del sol. Al instante pronuncia el gran sacordote el *oah* sagrado, salta el fuego de la madera encendida por la frotacion, la mecha azufrada se enciende, las mugeres que se hallan á la parte esterior del templo, se vuelven súbitamente, y todas á la vez levantan hácia el astro del dia sus hijos recien nacidos y el báculo de la labranza.

El Gran-Gefe y la Muger-Gefe beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el agorero comunica el fuego á los círculos de caña, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Enciéndense sobre el altar las cortezas de encina, y este

fuego nuevo se comunica luego á los apagados fogones del pueblo. El Gran-Gefe entona entonces el himno del sol.

Consumidos las círculos de caña, y acabado el cántico, la Muger-Gefe salia del templo, y se colocaba á la cabeza de las mugeres; las cuales formadas todas en fila, se dirigian al campo comun de la cosecha, sin que fuese permitido á los hombres el seguirlas. Iban á coger las primeras cañas de maiz para ofrecerlas al templo, y amasar con el sobrante los panes ácimos para el banquete de la noche.

Llegados á los campos cultivados, arrancaban en el cuadro destinado á su familia cierto número de las mas bellas plantas de maiz; planta soberbia, cuyas cañas de siete pies de elevacion, rodeadas de hojas verdes, y coronadas de una mazorca de granos dorados, se parecen á aquellas ruecas adornadas de cintas que nuestras labradoras presentan en las iglesias del lugar. Millares de tordos azules, palomas pequeñas del tamaño de un mirlo, aves de arrozal con el plumage gris manchado de pardo, huyen al aproximarse las cosecheras americanas, enteramente ocultas entre las elevadas cañas. Las zorras negras suelen hacer grandes destrozos en estos campos.

Volvíanse las mugeres al templo llevando sobre la cabeza la gavilla de las primicias; el gran sacerdote recibia la ofrenda y la depositaba sobre el altar. Cerraban la puerta oriental del santuario y abrian la occidental.

Reunida la multitud en esta última puerta, á la que iba á cerrar el dia, describia una media luna, cuyas dos puntas miraban al sol; los asistentes levantaban el brazo derecho, y presentaban los panes ácimos al astro de la luz. El agorero cantaba el himno de la tarde, que era el elogio del sol en su ocaso: sus rayos nacientes habian hecho crecer el maiz, y los

rayos moribundos habian santificado las tortas amasadas con el grano de la cosecha.

Venida la noche, se encendian fuegos, y se asaban ositos, algunos de los cuales, cebados con uvas silvestres, ofrecian en aquella época del año un manjar muy delicado. Asaban tambien pavas de las savanas, perdices negras, y una especie de faisanes mayores que los de Europa. Estas aves así preparadas, se llamaban *el alimento de los hombres blancos*. En estos banquetes se servian aguas de zarzaparrilla, de arce, de plátano y de nogal blanco, y se comian nueces y otras frutos. La llanura brillaba con el resplandor de las hogueras; oíase por todos lados el sonido del chichikoué, del tamboril y del pifano, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la multitud.

En estas fiestas, si algun desgraciado retirado á un lado dirigia sus miradas á los juegos de la llanura, iba á buscarle un sachem, se informaba de la causa de su tristeza, curaba sus males si tenian remedio, ó le consolaba cuando menos, si eran de naturaleza que no admitia remedio.

La cosecha del maiz se hace arrancando las cañas, ó cortándolas á dos pies del suelo. El grano se conserva en pellejos ó en unos hoyos revestidos de cañas. Tambien se conservan cañas enteras, las cuales se desgranan á medida que se necesitan. Para reducir el maiz á harina, le muelen en un mortero, ó le machacan entre dos piedras. Los salvages usan tambien de morteros de mano comprados á los europeos.

A la cosecha del maiz sigue inmediatamente la de la ballueca ó arroz silvestre; pero ya he hablado de ella en otra parte (1).

(1) En *los Natchez*.

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

La recoleccion del zumo de arce se hacia y se hace aun entre los salvages dos veces al año. La primera á fines del mes de febrero, marzo ó abril, segun la latitud del pais. El agua recogida despues de las ligeras escarchas de la noche, se convierte en azúcar, haciéndola hervir en un gran fuego. La cantidad de azúcar obtenida por este procedimiento varia segun la calidad del agua. Este azúcar, de facil digestion, es de color verdoso y de gusto agradable un poco ácido.

La segunda cosecha se verifica cuando la sávia del árbol no tiene bastante consistencia para convertirse en zumo. Esta sávia condensada, forma una especie de melaza, que desleida en agua de fuente, proporciona una bebida fresca durante los calores del verano.

Se conserva con gran cuidado la madera del arce de la especie roja y blanca. Los arces mas productivos son los de la corteza negruzca y tuberosa. Los salvages han creido observar que estos accidentes los causa el tordo negro de cabeza roja, que pica en los árboles que mas abundan de sávia; y por esta razon respetan á dicho pájaro como una ave inteligente y un buen genio.

A unos cuatro pies de tierra abren en el tronco del arce dos agujeros de tres cuartos de pulgada de profundidad, los que practican de alto á bajo para facilitar el derrame de la sávia.

Estas dos incisiones primeras miran á la parte del

Mediodía, y se practican otras dos á la parte del Norte, cuyos cuatro cortes van abriéndose luego hasta la profundidad de dos pulgadas y media á medida que el árbol va dando su sávia.

Se colocan á los dos lados del árbol dos artesas de madera, y para dirigir á ellas la sávia, se introducen en las hendiduras unos tubos de sauco.

Cada veinte y cuatro horas se separa el zumo destilado, y se lleva á unos cobertizos, en donde se le hace hervir en una vasija de piedra, y se separa la espuma que produce. Cuando se ha reducido á la mitad por la accion de un fuego lento, se le traslada á otra vasija, en donde continua hirviendo hasta que ha tomado la consistencia de jarabe. Entonces se separa del fuego, y está reposando por espacio de doce horas, al cabo de las cuales se vierte por decantacion en una tercera vasija, cuidando de no remover el sedimento que se ha precipitado al fondo.

Esta tercer vasija es tambien á su vez colocada sobre unos carbones medio encendidos y sin llama. Para impedir que el jarabe rebose por los bordes de la vasija, se le añade un poco de grasa, y cuando empieza á hacer hebra, es preciso trasladarle pronto á otra cuarta y última vasija de madera, llamada *el refrigerante*. Una muger robusta le remueve en rededor con un palo de cedro, sin parar, hasta que toma la consistencia de azúcar, y entonces se vierte en unos moldes de corteza, que dan al fluido coagulado la forma de unos pequeños panes cónicos, con lo cual está terminada la operacion.

Cuando solo se trabaja en melote, la operacion termina al segundo hervor.

La efusion de los arces dura quince dias, que son una fiesta contínua: todas las mañanas se dirigen los indios al bosque de arces, que ordinariamente está regado por algun arroyo, y dispersándose en grupos

de ambos sexos al pie de los árboles, los jóvenes bailan y juegan á diferentes juegos, y los niños se bañan á la vista de los sachems. Al contemplar la jóvialidad de aquellos salvages, su desnudez, la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas de los que se bañan, la movilidad y la frescura de las aguas, y la antigüedad de las umbrías, parecia que asistiese uno á una de aquellas escenas de faunos y driadas descritas por los poetas.

Tum vero in numerum Faunosque ferasque videres
Ludere.

PESQUERIAS.

No son los salvages menos hábiles en la pesca que diestros en la caza: cogen los peces con anzuelos y redes, y saben tambien agotar los viveros. Pero tienen grandes pesquerías públicas, de las cuales era la mas célebre la del esturion, que se verificaba en el Mississipi y en sus afluentes.

Daba principio por el matrimonio de la red. Seis guerreros y seis matronas se dirigian llevando la red á la plaza pública, llena de espectadores, y pedian en matrimonio para su hijo la red á dos muchachas que designaban.

Los padres de las jóvenes daban su consentimiento, y las jóvenes y la red eran casados por el agorero con las ceremonias de costumbre: ¡el dux de Venecia se casaba con el mar!

A este casamiento seguian algunos bailes de carácter. Hechas las bodas de la red, se dirigian á la orilla del rio, en donde estaban reunidas todas las

piraguas y canoas. Las nuevas esposas, envueltas en la red, iban á la cabeza de la comitiva. Se embarcaban despues de haberse provisto de teas y piedras de chispa. La red, sus esposas, el agorero, el gran gefe, cuatro sachems y ocho guerreros para manejar los remos, montaban una gran piragua, que se colocaba delante de la flota.

Esta buscaba alguna bahía frecuentada por el esturion; y al paso iban pescando toda clase de peces: la trucha con el esparavel, el pez armado con el anzuelo. Se hiere al esturion con un dardo que va unido á una cuerda atada á la barra interior de la canoa. El pez herido huye llevando tras de sí la canoa; pero poco á poco va disminuyéndose la celeridad de su fuga, y viene á espirar sobre la superficie del agua. Las diferentes actitudes de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, y la posicion de las piraguas agrupadas ó dispersas mostrando el costado, la popa ó la proa, todo esto forma un espectáculo muy pintoresco, cuyo movible cuadro termina los inmóviles paisages de la tierra.

A la entrada de la noche encedian en las piraguas unas teas, cuyo resplandor se reflejaba en la superficie de las aguas. Las canoas apiñadas proyectaban masas de sombras sobre las enrojecidas olas; de manera que los pescadores indianos que se agitaban en aquellas embarcaciones, pudieran tomarse por sus manitús, por aquellos seres fantásticos, hijos de la supersticion y de los sueños del salvage.

A media noche daba el agorero la señal de retirada, declarando que la red queria retirarse con sus dos esposas. Entonces se formaban las piraguas en dos líneas, y entre cada uno de sus remeros se colocaba simétricamente una antorcha: estas luces paralelas á la superficie del rio, aparecian y desaparecian alternativamente por el balance de las olas, y semejaban

á unos remos inflamados que se sumergiesen en las olas para hacer bogar las canoas.

Entonces cantaban el epitalamio de la red: la red, en toda la gloria de un nuevo esposo, era declarado vencedor del esturion, que lleva una corona de doce pies de largo. Se pintaba la derrota de todo el ejército de los peces; el lancorneto, cuyas barbas sirven para enredar á su enemigo; el jusaron, provisto de una lanza dentada, hueca y hendida por el estremo; el artimego, que despliega una bandera blanca; los cangrejos, que preceden y abren camino á los peces-guerreros, vencidos todos por la red.

Seguian algunas estrofas que pintaban el dolor de las viudas de los peces. «En vano aprenden á nadar estas viudas, porque ya no volverán á ver á aquellos con quienes les agradaba errar por las selvas bajo las aguas; ya no reposarán con ellos sobre lechos de musgo, que cubria una bóveda trasparente.» Despues de tantas hazañas, convidan á la red á dormir en los brazos de sus dos esposas.

BAILES.

Entre los salvages, como entre los antiguos griegos, y en la mayor parte de los pueblos nacientes, se mezcla el baile con todas las acciones de la vida. Se baila en las bodas, y las mugeres forman parte de este baile; se baila cuando se recibe un huésped para fumar una pipa; se baila en las cosechas; se baila en el nacimiento de un hijo, y se baila sobre todo por los muertos. Cada caza tiene su baile particular, el cual consiste en la imitacion de los movimientos, costumbres y voz del animal que se persigue: trepan á los árboles como el oso, edifican como el castor, galopan

en círculo como el bisonte, brincan como el corzo, ahullan como el lobo, y gañen como la zorra.

En el baile de los bravos, ó de la guerra, los guerreros, completamente armados, se forman en dos líneas: delante de ellos va un niño que lleva en la mano un chichikoué; este es *el niño de los sueños*, el niño que ha *soñado* bajo la inspiracion de los buenos ó de los malos manitús. Detrás de los guerreros sigue el agorero, el profeta ó augur que interpreta los sueños del niño.

Los bailarines forman luego un doble círculo mugiendo sordamente al mismo tiempo que el niño, colocado en el centro de este círculo, pronuncia con los ojos bajos algunas palabras ininteligibles. Cuando el niño levanta la cabeza, saltan y mugen con mayor fuerza los guerreros, y se consagran á Athaênsic, manitú del ódio y de la venganza. Una especie de corifeo lleva el compás dando golpes sobre un tamboril. Algunas veces los bailarines se atan á los pies unas campanillas compradas á los europeos.

Si se está en el momento de partir á una espedicion, ocupa un gefe el lugar del niño, arenga á los guerreros, y con una macana dá golpes sobre la imágen de un hombre ó la del manitú del enemigo, groseramente dibujadas en el suelo. Entonces vuelven á empezar el baile los guerreros, acometen igualmente á la imágen, imitan las actitudes del hombre que combate, esgrimen las macanas ó las hachas, manejan los mosquetes y los arcos, agitan los cuchillos, acompañándolo todo con ahullidos y convulsiones.

Todavía es mas espantoso el baile de la guerra á la vuelta de la espedicion: cabezas, corazones, miembros mutilados, cráneos con sus ensangrentadas cabelleras, aparecen suspendidos á unos postes clavados en el suelo. Bailan al rededor de estos trofeos, y los prisioneros, que deben ser quemados, asisten al

espectáculo de estas horribles diversiones. En el artículo de la guerra hablaré de algunos otros bailes de esta especie.

JUEGOS.

El juego es una accion comun á todos los hombres, y tiene tres orígenes: la naturaleza, la sociedad y las pasiones. De cuya division proceden tres especies de juegos: los de la infancia, los de la virilidad, y los de la ociosidad ó de las pasiones.

Los juegos de la infancia, inventados por los mismos niños, se encuentran en todo el mundo: yo he visto al niño salvage, al beduino, al negro, al francés, al aleman, al italiano, al español, al griego oprimido, y al turco opresor, jugar á la pelota y rodar el aro. ¿Quién, pues, ha enseñado á estos niños, tan diversos por sus lenguas y tan diferentes por sus razas, sus costumbres y sus paises: quién les ha enseñado, repito, estos mismos juegos? El Señor de todos los hombres, el padre de la grande y misma familia; este es el que ha enseñado á la inocencia estas diversiones, que sirven para desarrollar las fuerzas, y son una necesidad de la naturaleza.

La segunda especie de juegos es aquella que sirviendo para aprender un arte, es una necesidad de la sociedad. En esta clase deben colocarse los juegos gimnásticos, las carreras en carros, la naumaquia entre los antiguos, las justas, las escaramuzas, los pasos de armas y los torneos de la edad media; la pelota, la esgrima, las carreras á caballo, y los juegos de destreza entre los modernos. El teatro con sus

pompas es una cosa aparte, y la reclama el genio como una de sus recreaciones. Lo mismo sucede con algunas combinaciones ingeniosas, como el juego de damas y el aljedréz.

La tercera especie de juegos, los juegos de azar, es aquella en que el hombre espone su fortuna, y algunas veces su libertad y su vida, con un furor que raya en delirio: y esta es una necesidad de las pasiones. Los dados entre los antiguos, los naipes entre los modernos, y las tabas entre los salvages de la América septentrional, entran en el número de estos recreos funestos.

Entre los indios se encuentran las tres especies de juegos de que acabo de hablar.

Los juegos de sus niños son los mismos que los de los nuestros: conocen la pelota, las corridas y el tiro del arco para la juventud, y ademas *el juego de las plumas*, que recuerda un antiguo juego de caballería.

Los guerreros y las jóvenes bailan al rededor de cuatro postes, sobre los cuales están atadas algunas plumas de diferentes colores; de cuando en cuando sale un jóven de las cuadrillas y quita una pluma del color que lleva su amante, se la coloca entre los cabellos, y vuelve á entrar en el coro de los bailarines. Por la disposicion de la pluma y la forma de los pasos, adivina la indiana el sitio para donde la cita su amante. Hay algunos guerreros que toman plumas de un color de que no está adornada ninguna bailarina, lo que significa que aquel guerrero no ama, ó no es amado. Las mugeres casadas solo son admitidas á este juego como espectadoras.

Entre los juegos de la tercera clase, ó sean los de la ociosidad ó de las pasiones, solo describiré el de las tabas.

En este juego los salvages apuestan sus mugeres, sus hijos, su libertad; y cuando han jugado sobre su palabra y han perdido, guardan su promesa. ¡Cosa estraña! El hombre que falta con tanta frecuencia á los juramentos mas sagrados, que se burla de las leyes, que engaña sin escrúpulo á su vecino: y algunas veces á su amigo, que se hace un mérito de la arteria y de la doblez; cifra su honor en cumplir los compromisos de sus pasiones, en guardar su palabra al crímen, en ser sincero con los autores, por lo comun culpables, de su ruina, y con los cómplices de su depravacion.

En el juego de la taba, llamado tambien el *juego del plato*, dos jugadores solos llevan el juego, y los demas apuntan en pro ó en contra. Cada uno de los jugadores tiene su marcador, y la partida se juega sobre una mesa, ó sencillamente sobre el césped.

Los dos jugadores que llevan el juego, están provistos de seis ú ocho dados ó tabas, parecidos á unos huesos de albaricoque, cortados en seis caras desiguales, de las cuales las dos mas anchas están pintadas una de blanco y otra de negro.

Puestas las tabas en un plato cóncavo de madera, las mezcla y revuelve en él el jugador; y dando luego un golpe sobre la mesa, ó sobre el césped, las hace saltar en el aire.

Si al caer las tabas presentan todas el mismo color, gana el que las ha tirado cinco puntos: si de las seis ú ocho salen cinco de un color, no gana el jugador mas que un punto por la primera vez; pero si repite el mismo la propia suerte, carga con todo y gana la partida, que son cuarenta. A medida que se ganan puntos, los pierde la parte contraria: el que gana continúa llevando el juego, y el que pierde cede su puesto á uno de los que apuntaban en favor suyo, el cual es designado por su marcador. Los marcadores son los personages principales de este juego: se eligen con grandes precauciones, y se prefieren

principalmente aquellos cuyo manitú se cree mas fuerte y mas hábil.

La designacion de los marcadores produce violentos debates: si un partido ha nombrado un marcador, cuyo manitú, esto es, la fortuna, se cree temible, el otro partido se opone á este nombramiento: algunas veces tienen una grande idea del poder del manitú de una persona á quien se detesta; y en estos casos, superando el interés á la pasion, se admite por marcador á este hombre, á pesar del ódio con que se le mira.

El marcador tiene en la mano una tablita, donde va notando las suertes con greda roja: los salvages se agolpan alrededor de los jugadores; todas las miradas se fijan en el plato y en las tabas, y todos hacen votos y promesas á los buenos genios. Algunas veces los valores empeñados son inmensos para unos indios; porque unos se juegan su cabaña, otros se despojan de sus vestidos, y se los juegan contra los de los apuntes del partido opuesto; otros en fin que han perdido ya todo lo que poseian, se juegan su libertad contra una débil puesta, y se comprometen á servir cierto número de meses ó años al que les gane.

Los jugadores se preparan á su ruina por algunas prácticas religiosas: ayunan, observan vigilias, rezan; los mozos se apartan de sus queridas, los hombres casados de sus mugeres, y se observan con el mayor cuidado los sueños. Los interesados se proveen de una bolsita, en donde meten todos los objetos que han soñado: pedacitos de madera, hojas de árboles, dientes de peces, y otros mil manitús que suponen propicios. La ansiedad está pintada en los semblantes durante la partida, y no se manifestaria la reunion mas conmovida si se tratase de la suerte del pais: apiñanse en derredor del marcador, procuran tocarle y colocarse bajo su influencia: es un verdadero frenesí, y cada suerte es precedida de un profundo silencio, y seguida de una viva aclamacion. Prodíganse á los marcadores los aplausos de los que ganan; y algunos hombres, ordinariamente modestos y comedidos, vomitan ultrages de una grosería y de una atrocidad increibles. Cuando la suerte que se tira es decisiva, suelen detenerla antes de jugarla: los apuntes de uno ú otro partido declaran que el momento es fatal, y que todavía no deben hacerse saltar las tabas. Un jugador, apostrofando á estas, les echa en cara su malignidad, y las amenaza con que las quemará; otro no quiere que el negocio se decida hasta que haya echado al rio un pedazo de tabajo de hoja; muchos piden á gritos el salto de las tabas; pero basta que se oponga una sola voz, para que el lance quede de derecho suspendido. Cuando se cree llegado el momento de acabar, suele gritar un asistente: «¡Detenéos, detenéos! ¡los muebles de mi cabaña tienen la culpa de que yo pierda!» Corre á su cabaña, rompe y echa á la puerta todos los muebles, y vuelve diciendo: «¡Jugad, jugad!»

Sucede con mucha frecuencia que uno de los apuntes se figura que tal ó cual persona le perjudica; y entonces es indispensable que aquella persona se retire del juego si no está interesada en él, ó que se halle otra, cuyo manitú, á juicio del que apunta, pueda vencer al de la persona que le perjudica.

Ya ha sucedido que algunos comandantes franceses del Canadá, testigos de estas deplorables escenas, se han visto precisados á retirarse para condescender con los caprichos de un indio. Y no se crea que pueden tratarse ligeramente estos caprichos: toda la nacion se pondria de parte del jugador: intervendria la religion en el negocio, y correria sangre.

En fin, cuando se juega el golpe decisivo, pocos indios tienen valor para soportar su vista; la mayor

parte de ellos se precipitan en el suelo, cierran los ojos, se tapan las orejas, y aguardan el decreto de la fortuna, como podrian aguardar una sentencia de vida ó de muerte.

AÑO.

DIVISION Y REGLAMENDO DEL TIEMPO.—CALENDARIO NATURAL.

AÑO.

El año de los salvages consta de doce lunas, division patente á todos los hombres; porque la luna desapareciendo y apareciendo de nuevo doce veces, corta visiblemente el año en doce partes, al paso que el año solar, verdadero año, no está indicado por ninguna clase de variaciones que se observen en el disco del sol.

DIVISION DEL TIEMPO.

Las doce lunas toman sus nombres de las labores, de los bienes y de los modales salvages, de los dones y de los accidentes de la naturaleza, y de consiguiente estos nombres varian segun el pais y los usos de los diferentes pueblos. Charlevoix cita un gran número, y el moderno viagero Beltrami dá en estos

términos la nota de los meses de los sioux y de los cipoveses.

MESES DE LOS SIOUX.		LENGUA SIOUSA.
Marzo,	la luna del mal de ojos. . .	Wisthociasia-onì.
Abril,	la luna de la caza.	Mograhoandì-onì.
Mayo,	la luna de los nidos.	Mograhochandá-onì.
Junio,	la luna de las fresas.	Wojusticiasciá-onì.
Julio,	la luna de las cerezas. . , .	Champasciá-onì.
Agosto,	la luna de los búfalos. . . .	Tantankakiocu-onì.
Setiembre,	la luna de la ballueca, . . .	Wasipi-onì.
Octubre,	la luna del fin de la ballueca.	Sciwostapi-onì.
Noviembre,	la luna del corzo.	Takiouka-onì.
Diciembre,	la luna del corzo á quien apuntan los cuernos.	Ah esciakiouska-onì.
Enero,	la luna de valor.	Ouwikari-onì.
Febrero,	la luna de los gatos silvestres.	Oweciata-onì.

MESES DE LOS CIPAWOIS.		LENGUA ALGONQUINA.
Junio,	la luna de las fresas.	Hode ì minquisìs.
Julio,	la luna de los frutos abrasados.	Mikin-quisìs.
Agosto,	la luna de las hojas amarillas.	Wathebaqui-quisìs.
Setiembre,	la luna de cuando las hojas caen. . . :	Inaquí-quisìs.
Octubre,	la luna de la conclusion de la caza. . :	Bina-hamo-quisìs.
Noviembre,	la luna de la nieve.	Kaskadino-quisìs.
Diciembre,	la luna del Pequeño-Espíritu.	Manito-quisìs.
Enero,	la luna del Grande-Espíritu.	Kicit-manito-quisìs.
Febrero,	la luna de la llegada de las águilas.	Wamebinni-quisìs.
Marzo,	la luna de la nieve endurecida.	Ouabanni-quisìs.
Abril,	la luna de las abarcas en los pies.	Pokaodaquimi-quisìs.
Mayo,	la luna de las flores.	Wabigon-quisìs.

Los años se cuentan por nieves ó por flores, y de este modo el anciano y la jóven hallan el símbolo de sus edades en el nombre de sus años.